

—Siéntese usted, joven. Está usted en su casa: ya sabe que le considero como de la familia.

Y el senador, don Gaspar Jiménez, acariciaba á Maltrana con aquellas palmaditas protectoras que enorgullecían al joven.

Estaban en el despacho del personaje; habitación amueblada con la severidad que correspondía á un hombre de su importancia y su seso. Las sillas eran de cuero, las paredes oscuras. En una librería alineábanse los tomos de las *Sesiones del Senado*, juntos con memorias, estadísticas y aranceles; volúmenes imponentes por el tamaño, impresos á expensas del Estado. Pendientes de los muros, en marcos coruscantes, exhibíanse varios títulos de individuo de honor de diversas sociedades, acreditando los méritos del marqués de Jiménez, y un tarjetón, prodigio de caligrafía, en el cual los compromisarios castellanos felicitaban á «su digno senador», por sus brillantes discursos en defensa de la protección á los trigos.

Un retrato al óleo, de tamaño natural, llenaba todo un lado del despacho. El marqués aparecía en el lienzo, de pie, vestido de frac, con todas sus

condecoraciones, apoyando un codo en la chimenea de su salón y sosteniendo con la diestra mano su frente cejijunta cargada de pensamientos. Una obra maestra. Al contemplar Isidro este figurón, con el pecho constelado de condecoraciones, encontraba cierta semejanza á su poderoso amigo con varios prestidigitadores célebres. Después, sintió ganas de reír, ante la seriedad y el empaque con que el senador se mostraba en el retrato. Era un caballero que se hacía representar de visita en su propia casa.

El grave marqués, que trataba siempre á las gentes con tono protector, parecía titubear en presencia de Maltrana.

Hablábale con cierta distracción, como si su pensamiento estuviese lejos. Se enteraba con forzada curiosidad de la vida del joven, de sus luchas y aspiraciones, mientras fruncía el ceño, y su mirada, vaga, parecía buscar un pretexto para conducir la conversación adonde era su deseo.

Por fin, habló del motivo que le había hecho llamar á Isidro.

—Pues, sí, joven amigo—dijo con la entonación solemne que empleaba al charlar en los corrillos de la Alta Cámara.—Yo me he tomado la libertad de hacerle venir, porque tengo que proponer á usted algo que considero muy beneficioso para su persona. Yo entiendo, que hay que proteger á la juventud: yo amo á los jóvenes; soy uno de ellos, por más que muchos no lo crean, viéndome dedicado á serios estudios, á problemas graves, que mejor cuadran con la vejez. Pero la vida no es un sueño, como ya le dije á usted en cierta ocasión. La vida no es un juego y hay que aceptarla con toda su seriedad... Por lo demás, lo que tal vez sea beneficioso para usted, será, indudablemente, muy útil

para mí, y, si usted lo acepta, merecerá mi agradecimiento.

Isidro, que escuchaba atentamente estas palabras del senador, con todo su relleno de retazos oratorios, no sacó nada en claro. ¿Qué deseaba el señor marqués? Allí estaba él para servirle: podía decir cuál era su intención.

El personaje volvió á hablar con no menos anfibologías y rodeos, como si temiese descubrir de golpe su pensamiento. El vivía muy ocupado. Era el hombre que en todo Madrid disponía de menos tiempo para dar satisfacción á sus particulares aficiones. Por una parte, la sagrada defensa de los trigos, y por otra, las asociaciones de propaganda católica y de religiosidad obrera, devoraban todo su tiempo. Era vicepresidente de unas Ligas, secretario de otras, y consideraba un deber sagrado no faltar á ninguna de sus reuniones. A más de esto, le asediaba el partido con sus exigencias de disciplina; gozaba del afecto del jefe, á cuya tertulia no le era lícito faltar, y tenía que ocuparse de la educación de sus hijos, dos muchachos irreprochables que profesaban las ideas sanas de su padre, y merecían los elogios de sus antiguos maestros, los buenos sacerdotes de la Compañía.

Maltrana acogió con graves movimientos de cabeza y risas interiores estas palabras. Conocía de vista á los hijos: les había encontrado muchas noches en Romea y otros salones donde cantan y bailan las estrellas del género infimo. Uno de ellos firmaba pagarés en blanco á todos los usureros de Madrid para atender de este modo al sostenimiento de cierta *divette* procedente de Perpignan.

—En estas condiciones, pues—continuó el senador con entonación oratoria,—me es impo-

sible dedicar mi actividad á los trabajos de pluma, exteriorizar mis modestas ideas sobre el papel. Porque yo, amigo Maltrana, también soy escritor. Por esto me inspiran tanto afecto los jóvenes que, como usted, se dedican á las bellas letras... Yo, según dicen mis amigos, hablo bastante bien: pues crea usted que soy más escritor que orador. He publicado poco: mi modestia me lo impide. ¡Pero si viese usted el montón de papel que llevo emborronado!...

Y como creyera ver en Maltrana un ademán de curiosidad, se apresuró á añadir:

—No: no puedo enseñarle ninguno de mis trabajos. Mi modestia me obliga á romperlos antes de acabarlos. Necesito que alguien me ayude y me empuje. Yo tengo ideas; muchas ideas: lo que me falta es el auxilio, la colaboración de un joven ilustrado que sea dueño de todo su tiempo para escribir: uno como usted.

Isidro comprendió que el personaje había llegado por fin adonde quería. Adivinábase en su rostro la placidez de haber soltado una proposición vergonzosa que era su tormento. El joven aceptó con breves palabras. ¿En qué había de consistir su trabajo? Estaba dispuesto á servirle, muy agradecido de que se fijase en él.

Y el pobre Maltrana lo sentía así, apreciando como un gran honor la propuesta del personaje.

Lo que deseaba el marqués de Jiménez era escribir un libro, pero un libro notable que consolidase su prestigio de economista, de pensador serio. No quería tener secretos con Maltrana, y le confesó que el tal libro sería un escalón, el último, para alcanzar la cartera de ministro el día que su partido volviese al poder. El mismo jefe le prometía escribir un prólogo para la obra.

—Ya ve usted, amigo Maltrana. ¡Qué honor! ¡qué honor para nosotros!...

Este *nosotros* dejó frío al joven. Renunciaba de antemano á todo lo que no fuese la retribución que el marqués quisiera darle.

—Usted escribirá—continuó el personaje;—yo le daré las ideas, y con esto creo que su trabajo será coser y cantar, como quien dice... Usted es un joven discreto que se *entera* de las cosas, y tendrá cuidado de no *salirse del tiesto* mezclando en la obra ideas de esas, diabólicas y modernistas que se traen los muchachos de estos tiempos. El libro irá dedicado á Su Majestad el Rey; no necesito decirle más. Una dedicatoria sencilla, pero hermosa, que usted tendrá la bondad de escribir. Asunto de decirle que, así como es el primer soldado de la nación, el primer agricultor; el primer cazador, el primero en todo, así se trate de dirigir la política como de dirigir un automóvil, es también, para mí, y para todas las gentes de bien que tenemos qué perder, el primer sociólogo. ¿No será bonita una dedicatoria en este sentido?...

Isidro contestó con movimientos de afirmación.

—Porque mi obra, amigo Maltrana, va á ser socialista: no se asuste usted; socialista, del verdadero socialismo, del práctico, del que puede ser, del que defendemos los espíritus sanos, uniendo las exigencias de la época con las santas tradiciones y los intereses creados.

El joven le pidió las ideas que habían de servirle de guía; la trama poderosa, sobre la cual no tendría él otro quehacer que alinear palabras con la pluma: «coser y cantar», como decía el personaje.

—El libro—dijo éste—podría titularse «El ver-

dadero socialismo», pero si usted encuentra otro título más bonito, por mí no se prive usted: yo no tengo en esto empeños de amor propio. Usted manda: usted es el amo. Haga todo lo que considere más acertado: cuantas más iniciativas tenga, mejor.

Y gravemente, arrugando el entrecejo, como si cada idea le costase una extracción dolorosa, expuso su plan. El libro debía ser un himno á la caridad: que los ricos diesen á los pobres, que los pobres respetasen á los ricos, y unos y otros se confiaran á la dirección de la Iglesia católica, maestra de siglos en estas cuestiones, y á Su Santidad el Papa, el primer socialista del verdadero socialismo.

—Creo que con esto—continuó—ya tiene usted bastante para hacer el libro. No queda más que el escribirlo, lo más fácil; sólo que esto exige tiempo, y yo no lo tengo. Reconocerá usted que estas ideas no son cualquier cosa; que tienen puntos de vista completamente nuevos. De exponer, cuestan muy poco; pero yo sé el tiempo que llevo rumiándolas, dándoles forma, preparándolas, para que usted no tenga más que escribirlas. Además, tengo mis iniciativas propias sobre la forma del libro. Debe ser grueso, muy grueso. No tema usted correrse: se gastará en imprenta lo que sea preciso. Los capítulos deben ostentar al frente esos párrafos en letra pequeña, que llaman sumarios. Esto me ha gustado siempre: da cierto aire de seriedad y de método. Luego, deseo que todas las páginas lleven notas, muchas notas, que ocupen tanto como el texto. He visto que todas las obras importantes van así. También esto da aire de seriedad y prueba erudición en el autor. Hay que citar muchos nombres y que sean extranjeros: cuanto

más enrevesados, mejor. Esto lo hará usted fácilmente; es asunto de consultar libros, de pasarse algunas mañanas en la Biblioteca. ¡Si yo tuviese tiempo!...

Maltrana sonreía escuchando las indicaciones de su protector.

—La tarea es fácil—prosiguió el marqués.— No crea usted que yo ignoro dónde están las fuentes. En esto del socialismo sano y sin escándalo hemos coincidido algunos hombres de Europa. Según me dijo el jefe, hay un señor profesor italiano ó suizo, no recuerdo bien, que ha escrito algo muy sonado sobre el socialismo católico. Uno no tiene tiempo de leerlo todo. Búsquelo usted y ya tiene una fuente más, después de las mías.

El senador habló aún largo rato de su obra, para demostrar á Maltrana la facilidad con que podía escribirla, contando con la firme base de sus ideas.

—Y no es, joven amigo, que yo pretenda aminorar la recompensa de su tarea. Yo entiendo que estos encargos deben pagarse bien. Además, amo á la juventud y deseo protegerla. Le daré á usted tres mil reales por su trabajo; pero que sea grueso el libro, ¿eh?, y sobre todo, notas... muchas notas. Tal vez si la cosa sale á mi gusto, como yo la he concebido, llegue á los cuatro mil. Por de pronto, tome usted veinte duros, para los primeros gastos... papel, tinta, plumas.

Maltrana cogió el billete con cierta emoción, contestando aturdidamente á todas las recomendaciones del personaje.

—A trabajar, joven. La vida no es un sueño; hay que trabajar; hay que ser prácticos. Tratándose de un joven formal, como lo es usted, creo inútil re-

comendarle la prudencia. Esto debe quedar en secreto. Además, no supone gran cosa: sólo significa que me falta el tiempo. El libro lo doy yo hecho; usted no tiene más que escribirlo. ¡Ay, si yo no estuviese tan ocupado!

Aún le recomendó otra vez que no olvidase los sumarios de los capítulos y las notas, muchas notas, con gran desfile de autores.

—Esto viste mucho. Cuando usted tenga un capítulo, me lo trae, y así con todos los demás. Yo los iré copiando, para que vayan de mi letra á la imprenta. Aunque ocupadísimo, creo que tendré tiempo para este pequeño trabajo.

Maltrana, al verse en la calle, creyó que la Fortuna marchaba ante él, abriéndole paso con el revoloteo de sus alas de oro. No sentía el más leve remordimiento por este trabajo de mercenario que acababan de encargarle. Se reía del socialismo católico y de las *ideas* de su protector; cuatro simpiecezas que aquel necio juzgaba suficientes para el esqueleto de un libro. ¡Valiente aún era el señor Jiménez!... Pero lo respetaba, viendo en él al hombre providencial que cambiaría el curso de su existencia, al suceso esperado que había de sacarle del atoladero de su voluntad.

El papelillo de cien pesetas, plegado en un bolsillo de su chaleco, pesábale como un lastre que daba á su persona nuevo aplomo: veía tras él la seguridad de otros billetes, de más dinero, todo á cambio de llenar unos cuantos centenares de cuartillas, de retazos de libros ajenos, de disparates para él inadmisibles, que el grave senador firmaría sin titubear, poniéndolos bajo el amparo de su empingorotada personalidad.

Podía dormir tranquilo el solemne marqués de Jiménez. Tendría el libro, más pronto de lo que

esperaba; grueso, muy grueso, con notas, con sumarios, hasta con apéndices, desfilando por el piso bajo de sus páginas, en tumultuosa corriente, los nombres de todos los autores conocidos y desconocidos, con algunos más que él inventaría. Difícil era que el personaje no se mostrase satisfecho, y una vez le tomase gusto á ser autor á tan poca costa, repetiría el encargo, dándole ideas para nuevos libros. El le sugeriría el deseo de ser académico, de conquistar la Inmortalidad, apedreándola con grandes volúmenes de interminables notas que nadie leería. Acababa de encontrar un filón: iba á tener una renta fija.

Y el bohemio, sin remordimientos por esta piratería literaria, aceptándola alegremente como una liberación de la miseria, pensó en cambiar el billete, en gozar por adelantado de su futuro bienestar.

Era más de mediodía. Maltrana se fué á la «taberna de los genios», que únicamente visitaba en los días prósperos. ¡Flojo atracón iba á darse! Buscó en la lista los platos mejores, aquellos cuyos nombres leía melancólicamente las noches que entraba en el establecimiento sin otro capital que una peseta. ¡Viva la abundancia! Comió á su antojo de lo más caro, tomó café y hasta hizo que le trajesen de la Tabacalera de la calle de Sevilla, un cigarro habano de los mejores. Había que solemnizar el suceso.

Saboreando la copa de coñac y envuelto en la nube azulada de oloroso humo, sentía la placidez de una buena digestión, aquella fe en el destino que surgía en él al llenar el estómago.

Pensaba en el porvenir. Su protector tenía razón: la vida no es un juego, debía cambiar inmediatamente de método. El trabajo exige orden: su-

primaría la vida nocturna: dejaría de ir á la redacción. Ya no podía estar en el tabuco de la calle de los Artistas, esperando que su padrastro y su hermano abandonasen la cama para ocuparla él. Se acabó la bohemia triste y errante. Tenía derecho á una casa como todos... ¿Y por qué no á una mujer, que le acompañase en esta ascensión hacia la Fortuna, que creía haber comenzado ya?...

La imagen de Feliciano, de la dulce Feli, como él la llamaba, pareció surgir ante sus ojos entre las nubes de humo azul.

Aún duraba en él la impresión de sorpresa y de orgullo que le produjeron las palabras de la muchacha cuatro días antes. El, tan feo y miserable, que sólo burlas ó indiferencia inspiraba á las mujeres, veíase amado, y, para mayor asombro, era la hembra la que salía á su encuentro, ofreciéndose en un arrebatado de audacia.

No dejaba de reconocer que en este amor había mucho de admiración. La pobre muchacha de las Carolinas, le adoraba como un sér superior. Era el único hombre que la había revelado la existencia de una vida, distinta de la vida salvaje, sucia y violenta, que la rodeaba.

—Para la pobre Feli—pensó Maltrana—yo soy la poesía; un pedazo de cielo que desciende hasta ella; algo superior que ama y venera á un mismo tiempo. ¡Con tal que no pierda las ilusiones al verme de cerca!...

La Fortuna le había azotado largos años, para dárselo todo á un tiempo: dinero y amor. Desde que Feli hizo su confesión, él no podía dormir sin que se cortase su sueño con visiones, en las que aparecía la hija del Mosco acariciándolo con la sonrisa, tendiéndole los brazos. Al despertar, la imagen quedábase fija en su memoria, ennobleci-

da y hermosea por el ensueño, como una ilusión más de las muchas que llevaba en el bagaje de sus esperanzas.

Maltrana, al preguntarse si amaba de veras á Feli, permanecía indeciso, no sabiendo ciertamente qué contestar. El, no conocía otro amor que el de las comedias y las novelas, y se confesaba noblemente que el suyo no era de este género. Habitado por sus aficiones filosóficas á buscar la causa de las cosas y á desentrañar las pasiones, abriéndolas en canal para sorprender su secreto, acababa por convertir en esqueletos descarnados los sentimientos más vivos.

No: él no amaba á Feli con grandes arrebatos, pero sentíase atraído por ella dulcemente. En esta atracción había un poco de agradecimiento y algo de orgullo personal, de halago al amor propio. La deseaba, además, por egoísmo, viendo en ella una hembra apetecible, que podía embellecer su existencia.

Maltrana, con gran detrimento de su dignidad de filósofo, soñaba despierto muchas veces, al pensar en su porvenir. Cuando su imaginación tomaba vuelos de águila, se veía aclamado por las naciones, reconocido por todas como el genio más grande del siglo, presidiendo, en nombre de la ciencia, los Estados Unidos de Europa, que vivían felices gracias á Maltrana, al gran Maltrana I, moderno Napoleón de las grandes conquistas del progreso.

Otras veces, sus ensueños aleteaban más bajos. Nada de dominaciones, ni de Estados Unidos de Europa y otros líos: contentábase con ser un hombre que tuviese asegurada la satisfacción, sus necesidades y pasase la vida plácidamente entre la abundancia y el estudio. Y el joven, al escribir sus

traducciones, soñaba con tener algún día habitación propia, muchos libros y algunos objetos de arte. Entonces, cuando se sintiera fatigado por el trabajo, unos brazos femeniles, blancos, desnudos, surgirían por detrás, estrechándole, y una boca acariciadora le rozaría las orejas, murmurando palabras de cariño.

Esto no era imposible: podía conseguirlo. Llegaba el momento de realizar sus ensueños. La buena hada de las leyendas marchaba ante él con la varilla de oro, haciendo brotar rosales en los bordes de su camino.

Salió de la taberna con el enorme cigarro en los labios, echando humo ante él, como si las ilusiones se le escaparan por la boca, precediéndole en la marcha.

El sol tibio de la tarde y el azul transparente del cielo, parecían colarse en su alma. Aún vagaban por las calles algunos mascarones, últimos recuerdos de la pasada fiesta. Maltrana les sonreía encontrándolos interesantes: también por su imaginación se paseaban como máscaras las más abigarradas ilusiones.

Con la alegría del bienestar, emprendió á pie su marcha hacia los Cuatro Caminos. Pensaba detenerse en la calle de Bravo Murillo, frente á la fábrica de gorras donde trabajaba Feli: aguardar la salida de ésta para hablarla de la fortuna que inesperadamente embellecía su vida.

Paseando por un andén de la ancha calle, más allá de los Depósitos viejos, vió Isidro venir á un antiguo conocido.

—Vaya usted con Dios, don Vicente.

Era un hombre vestido con ropas cuidadosamente cepilladas, pero que por su holgura, revelaban no haber sido confeccionadas para su cuerpo.

El sombrero, más grande que la cabeza, llevaba hinchado el sudador por ocultas cintas de papel. Tenía la cara rojiza, con profundos surcos, en cuyo fondo, la piel aparecía blanca y brillante. Los ojos parpadeaban, inflamados, sin pestañas, con las córneas sucias de sangre. Las orejas sobresalían casi despegadas del cráneo, como si fuesen á aletear. Las púas blancas y amarillentas del bigote y la barba, delataban la torpeza de unas tijeras manejadas ciegamente.

Parecía fuerte, con una salud campesina, capaz de afrontar las mayores durezas; pero las privaciones habían amojamado su cuerpo y daban á su paso cierta irregularidad, como si las piernas sólo pudiesen avanzar á costa de nerviosos temblores. Gesticulaba y hablaba solo, sin hacer caso de la extrañeza de las gentes. De vez en cuando, se detenía y apoyando un codo en una mano, se llevaba la otra á la frente, partida por una arruga vertical.

Al oír que el joven le saludaba, dudó algunos instantes, como si sus ojos inflamados no pudiesen reconocerle.

—¡Ah! ¿Es usted, señor de Maltrana?—dijo con voz dulce.—Que la Virgen le guarde. ¿Trabaja usted mucho?...

Maltrana le había conocido por sus hábitos de noctámbulo. Como él se acostaba bien entrado el día y aquel hombre levantábase mucho antes de amanecer, se habían encontrado varias veces en las calles de Madrid, cerca de los mercados, cuando apenas apuntaba la mañana.

Isidro sentía por él irónica admiración. Había llegado tarde al mundo, así como él, en su petulancia juvenil, creía haber nacido demasiado pronto para que le comprendiesen. Dos siglos an-

tes, la muchedumbre habría venerado al señor Vicente; los reyes le habrían visitado en su tugurio, las gentes piadosas, en la hora de su muerte, habrían caído sobre su cadáver, arrancándole los pelos y pedazos de su hábito, como santas reliquias, y tal vez á aquellas horas figuraría en los altares, trocadas las sucias vestimentas en mantos de oro.

Iba siempre con los bolsillos repletos de hojitas impresas, que contenían oraciones; de pequeñas estampas y de periódicos de religiosa procaicidad, que le entregaban las asociaciones católicas para que los repartiese. Maltrana le había tropezado un amanecer cerca de la plaza de la Cebada, peleándose de palabra con un carretero porque arreaba sus bestias con acompañamiento de tremendas blasfemias. El señor Vicente se arrodillaba, con los brazos en cruz, ante el pecador, pidiéndole que le pegase con el látigo, que saciase en él su furia, á cambio de dejar en paz el santo nombre de Dios, pues antes quería morir que verlo insultado. El joven había sentido interés por este loco, que vagaba por Madrid entre la extrañeza y la rechifla, como si fuese un resucitado. De nacer en otros tiempos, habría fundado una orden, una nueva regla religiosa, dejando su huella en la historia.

Después le vió muchas mañanas, deteniendo á las criadas en las inmediaciones de los mercados, para darlas estampas y oraciones, hablándolas de la Virgen, con los ojos rojizos puestos en lo alto, sin fijarse en las risas de las muchachas, que sentían cierta lástima por la guillardura de este buen señor, que al mismo tiempo era persona fina.

Otras veces lo encontraba sentado en el pues-

to de un remendón, rozando con la cabeza las viejas caricaturas anticlericales de *El Motín*, pegadas á la pared, mientras hablaba al zapatero, de Dios y de los santos, sin intimidarse por los canturreos burlones y el golpear del martillo sobre la suela. Metiase en las tabernas, sin miedo á las burlas de los alegres compadres, que le invitaban á tomar una copa. Gracias; él no bebía. El vino le dañaba los ojos. Pero á cambio de que le oyesen, acababa por tomar un sorbo, á guisa de mortificación, haciendo los mismos aspavientos que si fuese veneno, y les hablaba de sus devociones simples, de su piedad de hombre sencillo. Maltrana también le había visto irritado, con la cólera del loco pacífico que pierde su tranquilidad. Le saludaban con blasfemias, cuidadosamente rebuscadas, para provocar su furor. Al principio las acogía cerrando los ojos, bajando la cabeza, como un mártir en las primeras angustias del tormento; pero su paciencia se agotaba al ver que el pecador insulto iba abarcando á toda la corte celestial. Resurgía el campesino, el hombre forzudo, habituado á la violencia: sus puños se cerraban amenazantes.

—¡Virgen María! ¡Santísimo Señor!—rugía con una entonación semejante á la que usaban los malvados blasfemos cuando ofendían á Dios.

Pero bastaba que los burlones, compadecidos de esta cólera que nublaba la luz de sus ojos, cesaran en tales bromas, para que el exaltado se dulcificase, volviendo á llamar hermanos á todos los que le rodeaban.

Maltrana le veía también en las inmediaciones de los Cuatro Caminos, entablando conversación con los guardas de consumos, entrándose en los merenderos para hablar de Dios á los que for-

maban círculo en torno del plato de gallinejas y el frasco de vino ó á las parejas que, enlazadas por la cintura, descansaban en un banco, sudorosas y jadeantes por las vueltas que acababan de dar al compás del piano.

—Mis negocios van bien, señor Vicente—dijo Maltrana contestando á su pregunta.—Y usted ¿adónde va? ¿A la propaganda?

El santo varón sonrió, guiñando con inocente malicia sus ojos pitañosos.

—No hay que descansar, señor de Maltrana. Estos días han sido de prueba para la bondad del Señor. ¡Lo que habrán ofendido su santo nombre en las fiestas de máscaras! ¡Los pecados con que habrán puesto á prueba su bondad infinita!... Ahora es el buen momento: el del cansancio y el desengaño.

Y miraba hacia los Cuatro Caminos, como si en las barriadas miserables de los trabajadores se cobijasen gentes crapulosas que hubieran pasado aquellas fiestas en plena bacanal. Isidro le indicó que debía volver al centro de Madrid, si deseaba convertir grandes pecadores: en las afueras sólo encontraría infelices que no teniendo el pan necesario, mal podían pensar en locuras.

—En todas partes existen pecadores necesitados de consejo—dijo el señor Vicente.—Cada uno escoge su campo según sus fuerzas. Los teólogos, los sacerdotes sabios, los pájaros gordos de la Iglesia, ya se encargan de la gente alta: yo soy un pobre pardillo de Dios que canto como puedo, y voy á los humildes, á los únicos que pueden entenderme. Aun así, ¡si viese usted lo que me cuesta conquistar ciertas almas! Catorce años empleé en traer al buen camino á un zapatero, que es la mejor de mis conversiones. ¡El